

todavía bastante la grandeza de vuestro poder. Tendré cuidado de dirigirme á todos aquellos que desean tener entrada en la intimidad de Jesucristo y de María; y les mostraré que vos habeis recibido el poder de conducirlos sin incertidumbre hasta la plena coronación de todos sus deseos. †

Mas ¿quién es el que no desea acercarse á Jesucristo y á María? ¿No es María la «Puerta feliz del cielo: *Felix Cœli Porta?*» (1) Y Jesucristo, «¿no es el Camino, la Verdad y la Vida: *Via, et Veritas, et Vita?*» (2) ¿Hay pues *bajo del Cielo, otro nombre dado á los hombres, por el cual podamos ser salvados?*» (3) ¿Quién no desea la salvación? ¿quién no desea la vida? Así pues, la devoción al glorioso Patriarca Señor San José no es útil solamente á algunos, en algunas veces y en algunas circunstancias; sino que es grandemente útil y como necesaria á todos los cristianos sin excepción, en todos los lugares y en todos los tiempos. (4)

(1) Hymnus *Ave Maris Stella*.

(2) Joan, XIV.

(3) Act. IV.

(4) Al escribir este capítulo sobre la necesidad de la devoción á Señor San José, tenemos en vista los tiempos *presentes* y los tiempos *futuros* de la Iglesia,

CAPITULO III.

De la gran santidad del glorioso San José.

CUANDO se trate de indicar y de establecer la gran santidad del Patriarca Señor San José, se presentan al instante tantas y tan poderosas razones, que es sumamente dificultoso clasificarlas y ponerlas en orden. Comencemos por el Antiguo Testamento, y citemos desde luego los testimonios que se encuentran en la historia del otro José, hijo de otro

mas no los *pasados*. Señor San José ha sido poco conocido y poco honrado durante los primeros siglos, como lo manifestaremos en el capítulo XIV. Durante esta larga oscuridad, muy conforme á los designios de Dios, no era necesario invocar y rogar explicitamente á nuestro Patriarca: podíase, sin profesarle ninguna devoción especial, tener una gran parte en sus beneficios: pues concedía su protección sin exigir nada en recompensa á aquellos que no estaban obligados todavía á reverenciarlo y amarlo de una manera particular. Hoy día han cambiado los tiempos; el culto católico ha tomado vastas proporciones, y Señor San José se ha levantado como un astro brillante sobre el horizonte de la Iglesia; y todo el que no tiene con el gran Patriarca una tierna veneración y una filial confianza, no podría llegar á una verdadera santidad.

Jacob, (1) en la historia de José vendido por sus hermanos y gloriosamente exaltado cerca del trono de Faraón.

Si en esta aplicación, en esta *traslación* que vamos á comenzar, estuviésemos apoyados solamente en la autoridad de algunos Padres, por ejemplo, de San Bernardo ó de San Agustín, San Gregorio ó San Ambrosio, estas autoridades bastarían indudablemente para excusarnos de toda nota de *temeridad* cuando interpretásemos del Esposo de María lo que la Escritura nos dice del hermano de Benjamín y de Judá. Pero tenemos para defendernos más que la autoridad de uno ó de muchos Padres de la Iglesia; pues tenemos á la misma Santa Iglesia, que en el oficio de Señor San José en el día 19 de Marzo, no cesa de mezclar el Génesis y el Evangelio, como para enseñarnos que estos dos ilustres Josées que presentan tan admirables semejanzas, tienen entre sí los lazos mas estrechos; como para decirnos que podemos leer mas claramente en la vida del José de los antiguos días muchas maravillosas prerrogativas que los Evangelistas han querido pasar en silen-

(1) *Jacob autem genuit Joseph, Virum Mariae, de qua natus est Jesus qui vocatur Christus. (Math., I).*

cio cuan lo han hablado brevemente del José de los tiempos nuevos.

¿No es principalmente en la autoridad de los oficios de la Iglesia, en lo que se fundan todos aquellos que se complacen en interpretar de la Santísima Virgen María las palabras de los libros sagrados tocante al nacimiento, los privilegios y las glorias de la *Sabiduría* divina? Sigamos, pues, una marcha semejante, y puesto que Señor San José ha recibido el insigne favor de ser representado en el Antiguo Testamento por uno de los mas grandes personajes de toda la historia judía, abramos el Génesis y veamos lo que Moisés nos ha conservado tocante al hijo de Isaac y de Jacob.

Notemos desde luego que el Patriarca Jacob sentía para con José una ternura particular: y aun se dice expresamente que le amaba mas que á todos sus otros hijos: *Israel autem diligebat Joseph super omnes filios suos.* (1) ¿Quién era pues, esté Israel que manifestaba al hermano de Benjamín un afecto tan singular, hasta preferirle á todos los demás hijos de sus esposas? Jacob, es en el Antiguo Testamento una de las *figuras* mas

(1) Gen., XXXVII.

ilustres de Jesucristo, cuya lucha saludable contra Dios representa por su combate nocturno con el ángel; y así el amor del Patriarca para con su hijo significa el amor de Jesucristo para con el José de la nueva Alianza. Porque si José, por una parte, debe ser considerado como el padre del Salvador, en esta maravillosa familia en la cual los dones de la gracia están en razón inversa de la dignidad *natural* de las personas, José, que ciertamente recibió toda su santidad de Jesucristo, puede verdaderamente y con todo derecho ser mirado como *su hijo*. Así es que Jesucristo le ama sobre todos aquellos que han nacido de Él por el nacimiento nuevo; y como esta generación espiritual se extiende á todos los cristianos de todas las edades, resta pues, que el amor de Jesús para con José es mas grande que el que tiene á todos los santos.

Ahora bien; el amor de Jesucristo no es como el nuestro, un afecto muchas veces ineficaz que se contenta con contemplar el bien ya realizado, adherirse á él para gozar de su valor *presente* sin pensar en hacerle crecer hacia una perfección mas elevada. El amor de Jesucristo, lleno de fecundidad, hace nacer las gracias, las virtudes y las buenas obras, como las miradas del sol al descender

sobre la tierra hacen germinar en ella las hojas, abrirse las flores y madurar los frutos. ¡Qué mies tan abundante de disposiciones y operaciones perfectísimas no ha visto José crecer y fructificar en su alma bajo la mirada tan dulce y largamente prolongada del amor de Jesucristo!

Si pasamos ahora á esa ilustre profecía en la cual Israel, próximo á morir, bendijo á sus doce hijos y les predijo la suerte y el porvenir que les esperaba, ¡cuántas palabras gloriosas no encierra, y que podemos y debemos entender de nuestro José más verdaderamente que del José de los tiempos antiguos!

El Patriarca haciendo alusión al nombre de José, que significa *aumento ó crecimiento*; repite por dos veces su afirmación profética: *Filius accrescens Joseph, filius accrescens!* (1) Sería muy fácil hacer ver cómo se verifica esta palabra en el Antiguo Testamento, por la fortuna milagrosa de José que sale de una oscura prisión para mandar sobre un poderoso reino; como se verifica por la doble herencia que reciben en la tierra prometida las tribus de Ephraim y de Manasés; y también por el gran poder al cual se eleva la tribu de Ephraim,

(1) Gen., XLIX.

primer tronco del reino de Judá. Mas las palabras del anciano Israel designan mejor todavía la maravillosa fortuna del nuevo José, á quien Dios escogió en una pobreza muy oscura para hacer de él al mismo tiempo el Esposo virginal de María y el Padre nutricio de Jesús, su Hijo único. ¡Qué *aumentos* tan incomprensibles no debían recibir las virtudes de José, cada día, y á cada instante, en la sociedad tan íntima de Jesús y de María! ¡Y qué *aumentos* no ha tomado ya en la devoción y en el amor de los fieles este José tan poco conocido en los primeros siglos de la Iglesia! ¡Y cuánto no deberá en el porvenir justificar aun mas completamente la profecía de Jacob, *creciendo* siempre, hasta cubrir á toda la Iglesia con su devoción y con su culto!

Jacob celebra también la hermosura de José; esa hermosura que se atraía todas las miradas: *Filius acrescens: et decorus aspectu: filiae discurrerunt super murum.* (1)

Ciertamente podemos aplicar estas palabras á la belleza corporal de nuestro José, pues no hay duda que sus virtudes hayan brillado en su semblante y lo hayan adornado

(1) Gen., XLIX.

del esplendor mas amable: porque el semblante del hombre como un espejo fiel, parece reproducir todos los rasgos de la fisonomía oculta en el alma, y hacerla visible á los ojos del cuerpo. Las gracias interiores de José debían pues, manifestarse en el exterior de su persona; nada hay mas dulce que su mirada, nada mas tranquilo que su frente, nada mas afectuoso que su sonrisa; todo su aspecto debía anunciar una alma tranquila y pura en la cual habitaba Dios Padre en una paz inalterable.

Mas sin embargo, las palabras proféticas se aplican principalmente al alma de José; porque si el cuerpo tiene sus bellezas y sus gracias, son estas harto vanas y pequeñas cuando se las compara con el esplendor de las virtudes que adornan el alma. Los otros santos pueden tener, y tienen sin duda ninguna, sus méritos y sus gracias; mas José los supera á todos por la armonía, por el número y la grandeza de sus virtudes. Admiremos pues, esta obra maestra de la Sabiduría divina, y dejemos algunas veces las ocupaciones terrenas para contemplarla y para meditarla con un recuerdo lleno de respeto.

Examinemos en fin, qué diluvio de bendiciones invoca el anciano Jacob sobre la per-

sona de José, el hijo de su ternura. Parece reunir todas las expresiones mas ricas, para darnos á comprender mejor la grandeza del porvenir reservado por el Señor á este niño privilegiado entre sus hermanos: «El Dios de tu padre será tu ayuda: el Omnipotente te bendecirá de lo alto por las bendiciones del cielo, y de lo bajo por las bendiciones del abismo; por las bendiciones de la fecundidad mas feliz. Las bendiciones de tu padre están afirmadas por las bendiciones de tus padres: hasta que venga el *Deseado de las colinas eternas*, que todas estas bendiciones descien dan sobre la cabeza de José, sobre la cabeza del que es Nazareno entre sus hermanos.» (1) Ciertamente no serán estériles estas gloriosas profecías para el hermano de Benjamín, y sus brillantes promesas se verán plenamente cumplidas.

Mas ¿no designan mucho mejor todavía al José de los tiempos nuevos? ¿No parece que se ven todos los torrentes de las aguas celestiales inundarlo con un diluvio de gracias, y sumergirlo bajo la maravillosa abundancia de todas las misericordias y de todos los dones divinos?

(1) Gen., XLIX.

Mas basta ya de detenernos en la luz velada que nos presentan las historias conservadas en el *Génesis*. Lleguemos de una vez á los tiempos mas felices del Evangelio, y juzguemos de la santidad de José por lo que nos han dejado sobre su historia los escritores del Nuevo Testamento.

A pesar de la brevedad de estas relaciones que en tan cortas páginas encierran hechos de tan gran importancia, sabemos por ellos que el dichoso San José fué escogido por Dios para ser el Esposo de María, y para vivir en la casa de Nazaret, en Belen y en Egipto, con la Santísima Virgen y con Jesús, el fruto bendito de sus entrañas. Debió gozar durante muchos años de esta doble presencia; pues había sido escogido para servir de protector á Jesucristo y á María, y por consiguiente, su ministerio debía durar hasta que el Señor hubiese llegado á la edad de hombre. Piénsase generalmente que José sobrevivió largo tiempo todavía al *duodécimo* año de Jesucristo, en que se nos muestra al glorioso Patriarca lleno de solicitud y de ternura cuando el hallazgo del Santo Niño en el Templo: y se fija ordinariamente su muerte en los últimos tiempos que precedieron para Jesús á los tres años del ministerio activo, por los cuales qui-

so cerrar toda su permanencia sobre nuestra tierra. (1) Así es que, como cosa de treinta años, el bienaventurado Patriarca vivió solo, con María y con Jesús, viendo con santa admiración, crecer á su vista, bajo su dirección, y por decirlo así, bajo su mano, estas dos plantas preciosas, estas dos flores admirables, cuyo suavísimo perfume embriagaba á toda la corte celestial y encantaba incesantemente al Eterno Padre.

Ahora pregunto: ¿qué frutos de santificación debió llevar al alma de San José la continua presencia de estos dos huéspedes celestiales, de los cuales no era digno nuestro mundo pecador? ¿Qué gracias debió merecerle la sociedad tan largamente prolongada de María y de Jesús?

Leemos en el Evangelio (2) que la Purísima María, levantándose apresuradamente, fué á las montañas á visitar á Isabel. Apenas había entrado en la casa de Zacarías, apenas había saludado á su parienta, cuando ésta fué *llena del Es piritu Santo*, quien le manifestó á la vez los grandes misterios de la

(1) Según San Jerónimo, la muerte de San José aconteció poco tiempo antes del bautismo de Jesucristo, hacia el año décimo cuarto del reinado de Tiberio.

(2) Luc., I.

Encarnación del Verbo y de la divina Maternidad de María. Al mismo tiempo el hijo de Zacarías, Juan Bautista, cautivo todavía en el seno de su madre, se estremeció y fué, según la doctrina y la interpretación de los Padres, purificado de la mancha original. Ahora bien; José ha poseído durante largo tiempo de una manera permanente, la gracia preciosa concedida como de paso á la casa de Zacarías. ¿Qué luces y qué pureza divinas no ha debido producir en su alma sencilla y tan bien preparada largo tiempo antes, la palabra de María, revelándole los misterios mas dulces y mas santos?

Leemos en el Evangelio (1) que una mujer, atormentada hacia doce años, por una cruel enfermedad, deseaba acercarse á nuestro Señor, porque se decía así misma: *¡Si toco la orla de su vestido seré sana!* Y en efecto, apenas hubo tocado con la mano el extremo de su vestido, cuando Jesús volviéndose hacia ella, le dijo: *Hija mía, tened confianza; vuestra fé os ha salvado.* Y desde esa hora se encontró curada. Puesto que estas curaciones materiales y visibles, referidas tan frecuentemente por los santos Evangelistas, no son mas

(1) Math., IX.

que un símbolo imperfecto de la acción sobrenatural y divina, por la cual nuestro Señor curando de sus pecados á los que se acercan á él piadosamente, los enriquece con los inestimables tesoros de su gracia: ¿cuál no debió ser la santidad de José que mereció acercarse tan frecuente é íntimamente al Hijo de Dios durante los treinta años que vivió al lado suyo? ¿Qué salud tan fuerte y poderosa no debió recibir su alma, puesto que le fué dado prestar á Jesús, su divino Hijo, durante tan largo tiempo, los mas dulces y sagrados servicios que un padre puede cumplir para con el hijo de su ternura? En fin, lo que debemos considerar con muy grande atención, es que Jesús y María estaban obligados á dar *más*, á Señor San José; puesto que encontraban en él no un indiferente, un extraño, ó un enemigo; sino un Padre, un Esposo y un amigo que ponía todos sus cuidados en servir al Hijo y á la Madre, y que por consiguiente, tenía un riguroso derecho á verse pagado dignamente por su trabajo y sus beneficios.

José era verdaderamente y en realidad, el Esposo de la Santísima Virgen María, aunque sin perjuicio de su castidad virginal; y en calidad de Esposo le daba en todas las cosas

una constante protección. Él era quien sostenía su vida por el asiduo trabajo en que ocupaba sus días: consolábala en sus penas y aficciones, y participaba de sus goces y alegrías. Él quien la dirigía en las decisiones que debían tomarse, permitiéndole así practicar la santa virtud de la obediencia. Él quien por su presencia evitaba á María todas las calumnias y el escándalo que no habría dejado de producir la Maternidad divina si José no hubiese servido de velo para ocultar la milagrosa operación del Espíritu Santo. Podemos decir también, sin exageración, que María debió á Señor San José aun esta Maternidad que forma el mas bello florón de su corona; puesto que era imposible que el Verbo se hiciese carne en su seno antes de tener un digno depositario que pudiese velar sobre María, y tener cuidado de este Niño precioso cuya vida y muerte debían salvar á todo un mundo.

Ciertamente que la Santísima Virgen no ignoraba estas grandes deudas que había contraído para con su protector y su Esposo: por consiguiente, ¿con qué gracias tan escogidas no se dignaba recompensar incesantemente su solicitud y sus beneficios! María, que acostumbra dar aun á los indiferentes, aun á los

que persiguen á su divino Hijo, ¡qué no debía dar á Señor San José, cuya vida toda se gastaba cada día durante tantos años, en los servicios mas afectuosos y mas tiernos para con Ella y para con Jesús!

El mismo Jesús debía usar para con su Padre de la liberalidad mas grande. Y no hay que admirarse al vernos muchas veces nombrar á José, *Padre* de Jesucristo nuestro Señor; pues el Evangelista San Lucas es quien nos ha dado el ejemplo, (1) y no podemos engañarnos caminando sobre sus huellas. Por otra parte, José es Padre de Jesús, más y mucho mejor de lo que se cree comunmente.

María, según la opinión mas común, era no solamente *desposada* sino *casada* con Señor San José cuando recibió en Nazaret la visita del Arcángel, y fué hecha Madre del Verbo. (2) Ahora bien, lo propio del matrimonio es reu-

(1) Et erant *pater* ejus et *mater* mirantes super his quae dicebantur de illo.—Fili, quid fecisti nobis sic? Ecce *pater tuus* et ego, dolentes, quaerebamus te. (Luc., II).—La Iglesia habla como el Evangelio: *Te Sator rerum statuit pudicae Virginis Sponsum, voluitque Verbi te Patrem dici.* (Hymn. ad Matut in festo S. Joseph.)

(2) Ita S. Hieronimus, S. Chrysostomus, Haymo, Theophylactus, S. Ambrosius, Suarez, et alii.

nir á los dos esposos en la unión, ó mas bien, en la *unidad* mas íntima; de tal suerte que los bienes del uno vengán á ser los bienes del otro, y que el cuerpo de cada uno de ellos pase al poder de su consorte. Y si estos efectos se producen aun en los matrimonios ordinarios, que no son el fruto de un afecto tan intenso y purísimo; si aun los esposos vulgares desde el momento en que están casados, *no son ya dos, sino una sola carne*, según la palabra de Adán, (1) repetida por el mismo Jesucristo: (2) ¿cuánto mas íntima no debía ser la *unión*, y cuánto mas perfecta aún la comunidad de los bienes entre María y José, que se unían bajo el impulso del amor mas casto y mas tierno? Ciertamente que José no tenía nada que no fuese enteramente de María; y del mismo modo, María no tenía ni podía tener nada que no fuese enteramente de su Esposo.

Si ahora, después del matrimonio, el cuerpo y la carne de María se hace fecunda; si el Espíritu Santo hace nacer en ese seno sacratísimo, una humanidad que asume la persona del Verbo; ¿á quién, pues, pertenece este gérmen precioso, que la Esposa

(1) Gen., II.

(2) Jam non sunt duo, sed una caro. (Math., XIX)

ha concebido por una operación milagrosa? ¿Será solamente á María? Sin duda que nó; sino que también pertenece á José porque todo lo que posee la esposa le es común con el Esposo. Este campo es el campo de José; y si brota allí por la gracia divina una planta admirable, si en él se encuentra un tesoro inestimable, esta planta es de José; este tesoro es de José. (1) José no es pues, solamente

(1) El Jurisconsulto dice: *Quod in agro meo nascitur meum est*. Mas nosotros, preferimos todavía á su autoridad, la del piadoso San Francisco de Sales. He aquí la encantadora comparación que emplea en su *Entretenimiento XIX*:

«Yo he acostumbrado decir que si una paloma (para hacer la comparación mas conforme á la pureza de los santos de quienes hablo), llevase en su pico un dátil, el cual dejase caer en un jardín, ¿diríase que el palmero que de él naciese pertenece al dueño del jardín? Ahora bien, si esto es así, ¿quién podrá dudar que habiendo el Espíritu Santo dejado caer este divino dátil como divina paloma en el jardín cerrado y sellado de la Santísima Virgen, (jardín sellado y rodeado de todas partes con las cercas del santo voto de virginidad) el cual pertenecía al glorioso San José, ¿quién dudará que este divino palmero que lleva los frutos que alimentan en la inmortalidad no pertenece *todo cuanto es* á este gran San José, el cual no obstante no se levanta más, sino que se hace todavía mas humilde?»

el *Padre nutricio* ó el *Padre adoptivo* de Jesucristo; es mucho más que esto sin duda ninguna. Jesucristo no es para José un Hijo *extraño*, que acepta de paso para recibir un salario; ó que lo acepta por afecto, para introducirlo en una familia de la cual no forma parte de ninguna manera en virtud de su primera concepción: Jesucristo desde el primer momento de su concepción milagrosa, sin ningún contrato voluntario, pura y simplemente por la fuerza de las cosas, pertenece á San José, como un hijo pertenece á su padre: y José de su parte, desde el primer momento, puede y *debe* tener con Jesús todos los sentimientos que tiene un padre para con su hijo. (1)

(1) Esta *Paternidad* de Señor San José para con Jesucristo, parece haber sido predicha desde los tiempos del Antiguo Testamento, en la persona de José, hermano de Benjamín, é hijo del Patriarca Jacob.

En la ilustre profecía por la cual Jacob, en su lecho de muerte, bendice á sus doce hijos y les anuncia el porvenir, es fácil ver cómo priva de su primogenitura á causa de sus pecados, á Rubén, Simeón y Leví; y cómo divide su privilegio en cierto modo *por mitad*, entre Judá y José cuyas profecías son mucho mas espléndidas que las de todos sus hermanos. Concerniendo esta primogenitura principalmente al nacimiento del Mesías, parece que esta *Esperanza de las nacio-*